

Exequias Fúnebres

Molpadia

Image not found.

Capítulo 1

Cleófilo yacía desnudo en un lecho de patas de bronce, cubierto con sabanas de color púrpura ricamente orladas. En la flor de la juventud y hermoso de cuerpo y rostro como era, hubiérase dicho que era un dios, si no fuera porque los felices dioses no conocen el mudo silencio ni la rigidez de la muerte; en verdad, la lividez cerosa del gusano se extendía por su otrora broncea piel y amoratados estaban ya sus labios y el contorno de las cuencas de sus ojos, que, abiertos y sin brillo, se hundían en el semblante pálido y no dejaban de fijarse, sin ver, en el artesonado del techo.

Cleófilo no podía oír el viento que, intenso y vehemente, agitaba los oscuros doseles que ceñían el amplio pórtico de la estancia, que hacía oscilar en círculos las tres lucernas de hierro que pendían del artesonado y vacilar la débil y mortecina luz que, a duras penas, arrojaban en torno.

Cleófilo tampoco podía sentir el suave contacto de las manos de las mujeres que lavaban su cuerpo y lo preparaban para la prothésis, la exposición ante la familia y todos los demás asistentes al funeral. Las doncellas enjuagaban con agua lustral su hermosa y exangüe frente y sus blancas mejillas, que se habían marchitado como jacintos, sus miembros rígidos y sin vida, su pecho, antaño bendito, que ya no contendría más el aliento de la vida ni sería cojín de los seres amados, y sus heridas; las dos heridas de flecha, certeras ambas en el vientre, que le hicieran doblar las rodillas en el combate, y la tercera, la que abriera la recia lanza lacedemonia en el ijar, la que le vació la sangre de las venas y su joven vida sobre la oscura tierra.

Después de lavar el cuerpo del joven soldado ateniense caído, las mujeres afeitaron su piel y la ungieron con los aceites olorosos y ungüentos perfumados que retrasarían el olor engañosamente dulzón de la muerte, de la carne que se desmorona y llama al gusano; también perfumaron su cabeza, que descansaba apoyada sobre un mullido almohadón, y con un peine de marfil peinaron sus negras guedejas. Cerraron al fin sus párpados, sobre los que depositaron sendos óbolos de oro para Caronte, el barquero del río impuro, y lo vistieron.

Mientras las doncellas realizaban el penoso trabajo, Elpenor, la hermosa viuda, que estoicamente reservaba sus lágrimas para la intimidad, aguardaba en la antesala el momento de la prothésis, previa a la marcha hasta los fríos y silenciosos campos del Kerameikos, y era arropada por el resto de los desconsolados familiares y amigos de la casa, todos vestidos con atuendos de luto. Un citaredo, sentado en un rincón de la sala, recitaba versos elegíacos de Mimnermo, pero su meliflua y suave voz y el tañido de su instrumento de clavos de plata se veían medio ensordecidos por el soplo constante de las galernas que iban y venían y que no cejaban

de revolver los cortinajes negros. Dentro, las lámparas colgantes de hierro titilaban y la lumbre crepitante se atenuaba por momentos; las llamas se hacían finos hilos de luz; afuera el cielo, aunque diurno, era gris como el plomo. Las enramadas de los olivos no permanecían inmóviles un solo instante y allá, en la distancia, las altas frentes de los cipreses inquietos se inclinaban doblegadas por el viento.

Al cabo, las mujeres descorrieron los oscuros doseles y la familia y los amigos pudieron entrar en la penumbra de la estancia contigua para contemplar una última vez el rostro de Cleófilo, para despedirse de él y llorarle. En este preciso instante, a la casa arribó un hombre joven vestido con una sencilla saya. Tenía la mirada huidiza y se desenvolvía con paso vacilante.

Algunos se volvieron para mirar al recién llegado. Alguien le reconoció.

–¿No es Loxias? Uno de los escasos hombres que sobrevivieron a la emboscada en que pereció el valiente Cleófilo... –murmuró un hombre. Hubo unos pocos asentimientos silenciosos–. Debe haber venido para presentar sus respetos.

Loxias, con una expresión funesta en el semblante, se hizo hueco para acercarse a ver a su antiguo compañero de armas. Contempló la cerosa cara del muerto y, sintiéndose a su vez observado por el resto, se diría que la lividez cadavérica de aquel se le contagiaba al punto. Le flaquearon las rodillas, sintió débiles las piernas y, por momentos, apoderarse de su cabeza un mareo febril. Apartó enseguida la mirada, enturbiada. Los demás asistentes al funeral se compadecieron de él.

–Pobre –susurraron–, era su compañero, luchaban juntos en la misma fila. Debían conocerse bien.

Loxias tomó aire para dirigirse a la viuda, que se encontraba junto a la cabecera del lecho de Cleófilo. Apenas si reparó en el resto de asistentes y, en cambio, sí miró intensamente a la mujer, que era muy hermosa y cuya belleza, si cabe, no había hecho sino acrecentarse en la digna entereza que mostraba en el luto. Elpenor, sin saber muy bien por qué, sintió un escalofrío al mirar dentro de los ojos de aquel hombre. Será por los horrores del campo de batalla que habrá tenido que ver, que sus ojos miran ahora de esa manera, dijo para su pecho, y bajó la mirada, amparada en el palio negro que cubría su cabeza. Pero cuando este, para ofrecerle su pésame, dio un paso hacia delante y le tendió la mano, ella sintió la imperiosa necesidad de rehuir a Loxias apenas sintió el roce de los dedos de aquel. Le había parecido que estos buscaban entrelazarse con los suyos y no había podido evitar el sobresalto que ello le había causado...

Al emblanquecido Loxias no le pasó inadvertido el huidizo gesto de Elpenor.

–Lo lamento por Cleófilo. Era un buen compañero. Ojalá hubiese caído yo en su lugar –dijo, con voz fría, a la viuda.

Una turbonada de aire silbó con vehemente estruendo y penetró en la habitación, aquietando a los asistentes. La racha enmarañó los doseles y terminó por apagar una de las tres lucernas hierro de la estancia que pendían sobre Cleófilo.

–Encendedla, por favor –pidió la viuda, y las esclavas le obedecieron con premura.

Mientras tanto, al son de la cítara, cuyos tañidos se veían ahogados por el inclemente viento, el citaredo seguía recitando, quedamente, versos del poeta Mimnermo:

Tal las hojas que nacen en la estación florida
y raudas a los rayos del sol crecen, nosotros
sólo un soplo la flor de juventud gozamos
ignorantes del mal y el bien gracias al cielo.
Mas ya allí están las Keres junto a nosotros, negras,
y el fruto de la juventud es apenas
un hilo de sol sobre la tierra...

Un hermano de Elpenor apartó a Loxias a un lado, tomándole suavemente por el hombro. Miró a los ojos del pálido hombre y le inquirió:

–¿Qué sucedió allí? Fuiste tú uno de los pocos que escaparon a la emboscada de los guerreros de Lisandro, tu escudo marchaba a la diestra de Cleófilo. Tú puedes decírmelo. Te lo ruego, Loxias, por los lazos de compañeros de armas y fatigas que te unían a mi cuñado, dime qué pasó, quién mató a Cleófilo y si este pudo ser vengado allí mismo, sobre el mismo suelo que lo vio perecer.

Loxias titubeó antes de hablar. Y al hacerlo, agachada la cabeza, se le estremeció la voz.

–Me es difícil explicarlo. Todo sucedió repentinamente, antes que tuviéramos ocasión... Lisandro, ellos, el enemigo... estaban sobre nosotros, ¡por todas partes! Flechas, lanzas... Yo estaba junto a Cleófilo, cierto... Te juro por los dioses que le protegí con todas mis fuerzas. Pero me hirieron en el transcurso de la escaramuza; cuando me di cuenta Cleófilo yacía muerto junto a mí, como tantos otros de nuestros compañeros... Ni siquiera sé como salí con vida de allí. Los espartanos debieron de darme por muerto. Cleófilo era un buen hombre y lloro por él...

Loxias suspiró, incapaz de levantar los ojos para sostener la mirada del otro.

–Ojalá hubiese caído yo en lugar de Cleófilo –dijo, al final, y su interlocutor no supo qué añadir, por lo que se limitó a asentir y estrechar el hombro de Loxias, apiadado del hombre, pues parecía de veras afectado.

El vendaval arreció y esta vez descendió del cielo aciago trayendo una fina pero intensa lluvia; tironeó violentamente de los cortinajes, dejando que el agua entrara en la sala, y de las sábanas del lecho mortuario y de los paliós de todos los allí presentes, y no dejó de cruzar la estancia sin apagar por el camino dos de las tres lucernas, que no cejaban de dar frenéticas vueltas y golpearse entre sí. La viuda Elpenor, nerviosa y apresurada, ayudó a las esclavas a encender de nuevo las tintineantes lámparas de hierro e hizo que sujetaran con fíbulas los inquietos doseles.

Sin embargo, el rapsoda, inasequible al desaliento, continuaba recitando, en voz muy baja, que apenas Loxias, el que se encontraba más retirado hacia el umbral de la habitación de la prothésis, pudo oír.

...Y que tú y yo tengamos a nuestro lado siempre

la verdad, el más íntegro haber de los haberes...

Loxias deseó con todas sus fuerzas que el cantor se callara de una vez. Se sobresaltó cuando, inesperadamente, la viuda Elpenor vino hasta él, con gesto de preocupación.

–No tienes color en las mejillas –le dijo a Loxias, reparando en el rostro demudado de aquel–. Buen hombre, ¿te encuentras bien?

–S-sí, mi señora... m-me encuentro bien –respondió el otro, esforzándose por contener su habla vacilante–. Solo es que me encuentro

afectado, por tu noble esposo.

–Parece ser que tenías a Cleófilo en gran estima –continuó Elpenor–. ¿Cómo te llamas? Podemos compartir juntos el dolor y ya sabes que esta casa también es tu casa desde el día de hoy.

Loxias cabeceó asertivamente e, impulsado por una fuerza más férvida que el propio valor, y también más bajuna, se tomó la libertad de tomar a la viuda por las manos en un gesto ansioso e inesperado que, esta vez, cogió desprevenida a Elpenor.

–Mi señora, aunque no sea este el momento más adecuado para estas cosas, y no quiero dejar de parecer discreto, te diré que, además de tu hermosura, en esta hora nefasta me admira que aun tienes fuerzas para ser extremadamente amable con tus huéspedes. Puedes llamarme Loxias, si te place. Aquí estoy para servirte en todo lo que sea menester –dijo aquel, servilmente.

Elpenor notó un palpito en el corazón y se sintió azorada, sin saber qué responder ni qué hacer. Loxias, todavía tomándole por los dedos, prosiguió:

–Te diré también que Cleófilo tuvo una muerte hermosa, en batalla... pero me rompe el alma no haberla podido impedir. Habría caído con gusto en su lugar. Ojalá hubiera muerto yo en vez de él y...

Tuvo lugar el estallido de un trueno que estremeció todo el éter y hasta la tierra y que acalló todos los demás sonidos, aun la cítara y la voz del rapsoda; todo se sumió en tinieblas, porque las cortinas del pórtico volaron por encima de las ráfagas encolerizadas en momentos de gran desorden, haciendo saltar algunas de las fíbulas que debían sujetarlas, y apagaron las tres lámparas de hierro de un soplido.

Elpenor, cuando se hubo repuesto del susto, estuvo aliviada de que, con el nuevo respingo, Loxias le soltara y ella pudiera apartarse para regresar junto con el resto de acompañantes. Cuando amainó un poco la ventisca, entonces hizo desalojar la estancia, dando por terminada la prothésis, e hizo que terminaran de amortajar y cubrirle el rostro a su esposo Cleófilo. Las esclavas corrieron todos los doseles del pórtico y la comitiva se dispuso a preparar el carro que conduciría los restos mortales en procesión extramuros de Atenas hacia el cementerio de Kerameikos.

En este momento hizo acto de presencia Zoilo, bien conocido por todos, más tarde que temprano, otro de los pocos soldados de la mesnada ateniense que prácticamente resultara del todo aniquilada por una hábil añagaza del general Lisandro, entre cuyos caídos se contaba Cleófilo. Zoilo llegaba apresurado, lamentándose de no haber podido estar a tiempo de hallarse presente para la prothésis, pero se le disculpó, porque

renqueaba de una pierna, pues en la misma escaramuza en la que tantos perdieron la vida él podía dar gracias de haberse librado habiendo perdido solo un pie. Muchos estuvieron felices de verle, en el umbral de la casa, pero no así Loxias, quien no esperaba su presencia y que fuera tan buen amigo del resto. Y es que cuando Zoilo le contó a él entre los asistentes al funeral, consolando a la viuda, enrojeció de ira al acto.

–¿Es que no tiene límites tu vergüenza, Loxias? –le imprecó Zoilo de pronto a aquel–. ¿Qué haces aquí, cobarde?

Todos se volvieron para mirar a los dos soldados. Loxias dio un paso atrás, sintiéndose amenazado, con el sudor perlado su frente.

–¿Qué dices, Zoilo? ¿Qué estás diciendo...? –balbució.

–¿Por qué llamas cobarde a Loxias? Explícate, Zoilo –quiso saber Elpenor.

Zoilo proyectó una mirada de desprecio y odio hacia Loxias, quien reculó otros dos pasos.

–Descuida, Elpenor, que te lo digo enseguida, aunque tenga que ser doloroso para todos los que están aquí y, sobre todo, para ti –respondió el soldado Zoilo–. Cleófilo no murió solo por las flechas y el rejón que le traspasaron la carne. Murió, ante todo, por culpa de Loxias. Si este hombre despreciable que tenéis ante vosotros le hubiera protegido con su escudo, tal como era su deber, si este sujeto mezquino y cobarde no le hubiera abandonado no una isino tres veces! quizá Cleófilo todavía habría tenido oportunidad de vivir. Tal vez aún viviría. Este hombre, además de no tener honor, no tiene vergüenza al haber acudido aquí.

Loxias retrocedió como si le hubieran propinado un puñetazo en el estómago.

–Yo le vi –prosiguió Zoilo, ante la consternación de todos, mientras señalaba con un dedo acusador a Loxias–. Estaba allí cuando los lacedemonios se arrojaron sobre nosotros desde todas partes, me encontraba en la segunda fila, detrás de ellos dos. ¡Tres veces, os digo, abandonó Loxias a Cleófilo! La primera cuando los enemigos atacaron, dando terribles gritos, con salvas de flechas precediéndoles: él arrojó el escudo a un lado para huir. ¡Cleófilo recibió las flechas que estaban destinadas a él y a ti, Loxias, porque tú apartaste tu broquel!

–No... no... –negaba Loxias, incapaz de soportar los miradas de todos los hombres y mujeres, de Zoilo y de Elpenor.

–La segunda vez que le abandonaste fue cuando, en el caos de la desesperada batalla, malherido Cleófilo te pidió auxilio, ¡y tú, habiéndole

dado la espalda para emprender la fuga, ni te volviste para mirarle!

-Tenía miedo... yo... no...

-¡Y la tercera vez fue, cuando ya muerto tu compañero, no tuviste reparos en dejarle tendido en el camino y ni te atreviste a volver para recuperar sus despojos!

-¡No! ¡No es verdad...! Yo solo...

-Sí, sí lo es, y tú lo sabes. Eres incapaz de enfrentarte a mis palabras y eso lo prueba. ¿Y ahora a qué vienes aquí, a consolar a su viuda y a su hija? ¡Vas a tener suerte si sales entero de aquí!

Muerto de vergüenza, perseguido por todas las miradas de odio, Loxias se escabulló antes de que alguno de los presentes tendiera las manos sobre él y le lincharan allí mismo. Con ojos ciegos y sin saber adonde ir, dio un traspies dentro de la casa y rodó por entre las silbantes cortinas del patio, dentro de las estancias.

Permaneció quieto en la penumbra unos instantes, incapaz de moverse, temeroso de que le encontraran. Escuchaba tenues pasos por las habitaciones, pues debían estar buscándole.

Loxias se incorporó poco a poco, sin dejar de estremecerse. Afuera el viento soplaba y soplaba, incansable, y el trueno rodaba por entre las montañas. Los dioses conocían bien su crimen. No solo había sido cobarde, lo que cualquier hombre imperfecto y mortal puede ser, sino que además había negado deliberadamente la ayuda a un compañero malherido... y ahora había visto la oportunidad de seducir, si tenía paciencia y habilidad, a la hermosa viuda de aquel. Ya no sería posible, y, por lo pronto, debía apresurarse en escapar de aquella mal aventurada casa en tanto pudiera esquivar a sus perseguidores.

-¿Dónde se habrá metido ese cobarde? -oyó decir, en la distancia. Era la recia voz de Zoilo.

-Habrá huido -respondió otra voz.

Loxias se permitió sonreír, aliviado. Tan pronto sacaran el cuerpo del muerto hacia Kerameikos, él podría abandonar tranquilamente la casa sin ser visto ni oído.

A sus espaldas escuchó un tintineo contra el suelo. Advirtió que era el sonido de dos monedas al caer. Se volvió y, con un desagradable respingo, se dio cuenta de que, justamente, en su tonta escapada había ido a dar con sus pies en la sala del velatorio. Ante si tenía el cuerpo amortajado de Cleófilo. Constató que se habían desprendido los dos

óbolos de sus párpados. Tuvo lugar un relámpago, seguido de un tercer estruendo. En el breve instante en que la luz blanca traspuso los doseles negros del pórtico, Loxias estuvo seguro de ver los ojos lívidos de Cleófilo clavados en él.

-Ojalá hubieras caído en mi lugar...

Loxias se desmayó.

La última vez que Loxias fue visto, cuando huyó de las acusaciones de Zoilo. Nadie le encontró ni en los alrededores ni en la ciudad, todos pensaron que el cobarde había tomado la acertada decisión de huir de Atenas.

El cuerpo totalmente amortajado de Cleófilo fue conducido en un carro ricamente ornado, en la solemne ekphora, a la tradicional usanza griega, hasta Kerameikos, donde, según era costumbre en la estirpe guerrera del valiente soldado caído, le aguardaban la pira en que había de ser incinerado y el panteón donde, en una urna cineraria, reposarían sus cenizas el sueño de los siglos. Las plañideras elevaron su frío llanto hacia el lluvioso cielo, tanto como subieron las rojas llamas alimentadas con vino. Solo el tormentoso empíreo pudo discernir el gemido que desde la pira se alzó, quedando asfixiado a oídos de todos los asistentes a las exequias fúnebres.

Cuando regresaron a la casa del difunto para celebrar un banquete en su honor, atónitos se encontraron con que en el pórtico de la estancia, sobre el lecho de patas de bronce y ricas sábanas todavía descansaba el cuerpo amortajado de Cleófilo. La viuda se desmayó. Zoilo cayó en la cuenta del macabro detalle.

-Si no es a Cleófilo... ¿a quién hemos inmolado esta mañana?